

Por qué escribo

Escribo por necesidad. Por inquietud. Casi por delirio. Escribo para apaciguar a mi alma guerrera que siempre me pide librar batallas contra dragones imaginarios. Escribo porque a cada palabra que suelto, la ansiedad se mitiga.

Escribo para calmar el dolor de mi cuerpo menudo y atenazado por las ganas de llegar a todo y siempre sentir que se queda corto.

Escribo porque las palabras construyen realidades paralelas y sosiegan llantos. Porque necesito sacar de dentro todas las que tengo almacenadas esperando engendrar pensamientos. Escribo sin cadenas ni frenos.

Escribo para ser mejor y sentirme completa. Para no perder el don de encontrar la belleza en todo y darle la vuelta a los momentos amargos. Escribo porque las palabras acortan las noches de insomnio y eternizan las caricias.

Escribo porque creo fervorosamente en la intensidad de las formas... En la necesidad de encontrar la forma más adecuada para cada momento. Escribo porque adoro lo pequeño y quiero prolongar lo escaso.

Escribo porque escribir agita mis alas y me recuerda que la oruga es una mariposa y la bellota una encina.

Escribo más para los que buscan que para los que ya tienen, para los que quieren saber más que para los que ya todo lo saben. Escribo porque mis palabras cambian el camino. Escribo porque las palabras me cambian...

Escribo porque las palabras que uso hacen que mis temores sean absurdos y mis fantasmas queden ridículos ante el espejo del tiempo. Escribo para acortar distancias y dilantar presencias...

Escribo con palabras imprudentes, a veces, con palabras que me salen de las vísceras y los pliegues de una conciencia cansada pero agitada. Escribo para pasarme y no para quedarme corta...

Escribo para zarandear conciencias y revolver entrañas.

Escribo para los que no escriben y lo necesitan.

Escribo para dar palabras a los que las buscan y no las encuentran. Escribo para emocionar con lo que me emociona... Escribo sin buscar redención ni querer esquivar condena.

Escribo sin más norma que la de no traicionar mis principios y mis ganas. Escribo sin atar mi vergüenza y corro todos los riesgos que se deriven de mis sentencias más absurdas. Escribo sin corsé ni margen, con todas las rosas y todas las espinas...

Escribo sin esperar que nada calme mi sed de palabras ni mi insaciable hambruna de magia...

Escribo sin estar sujeta a la severidad de otros ojos, ni a las ataduras de morales impuestas.

Escribo sin riendas...

Escribo por si el viento sopla fuerte y hace frío...

Mido versos, nunca mido respuestas. Busco saciar esperanzas, no bolsillos...

Escribo para seducir a los cautos y que se dejen llevar. Escribo para encandilar a los sumisos y que levanten sus miradas.

Escribo irreverente y desbocada, sin buscar más dicha que la de mis historias ni más gloria que la gloria de honrar las palabras... No escribo para encontrar respuestas sino para atreverme con las preguntas.

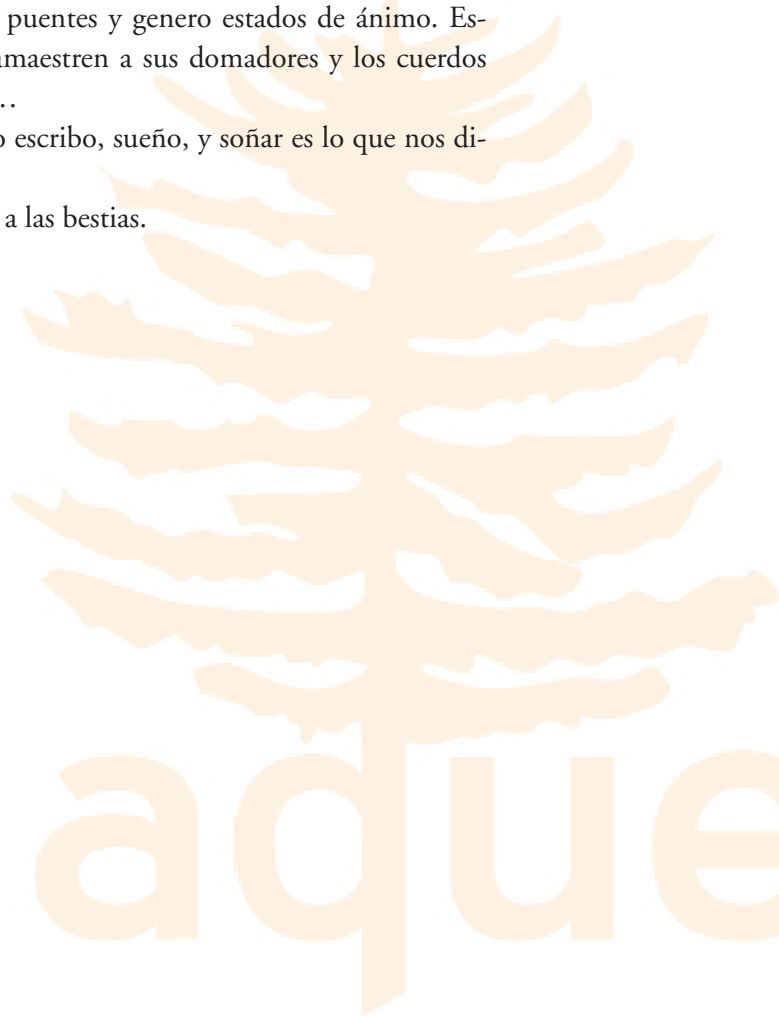
No escribo para los pájaros que ya cantan solos sino para las ramas de los árboles y las pasiones mudas o calladas.

Escribo de oído. Escribo de recuerdo. Escribo con fuego desde mis entrañas revueltas y ansiosas...

Escribo porque invento mundos y levanto imperios imaginarios. Porque dibujo caminos y puentes y genero estados de ánimo. Escribo para que las fieras amaestren a sus domadores y los cuerdos pierdan un poco la razón...

Escribo porque cuando escribo, sueño, y soñar es lo que nos diferencia de las bestias...

Escribo para enamorar a las bestias.



zumaque

A veces vuelo

A veces, vuelo.

Sucede durante pocos segundos. Es casi una sensación, una sacudida que me acaricia y me hace sentir que puedo con todo.

Me pasa cuando estoy harta y decido que ya no acumulo más rabia y vacío la mochila de horrores y chismes perversos.

Cuando estoy en el tren, mirando por la ventana, y el mar salpica las rocas y me doy cuenta de que hay mucha belleza que no abarcan mis sentidos. Y al volver la vista, mis ojos chocan con los de una niña que ríe y lleva zapatos rojos.

Vuelo cuando pido perdón por uno de mis millones de errores y al otro lado encuentro comprensión y caricias. Cuando me doy cuenta del poder que tienen las palabras y del que tenemos todos al usarlas sin saberlo.

Me pasa cuando escribo. Cuando cuento historias raras y alguien las lee y me dice que se ha emocionado o me da las gracias cuando soy yo quién debería pasar una eternidad agradecida por el gesto.

A veces vuelo cuando miro atrás y recuerdo que pude y que insistí a pesar de que hubo momentos en que tenía una necesidad inmensa de tirar la toalla. Me veo fantástica y me da esperanzas para creer que todos, cuando queremos, somos maravillosos.

A veces vuelo mientras lloro porque puedo transformar el dolor en magia.

Vuelo si amo y, como amo mucho, vuelo sin parar. Vuelo durante los abrazos de más de seis segundos y con cualquier tipo de beso

deseado y buscado. A penas levanto un milímetro del suelo, tal vez ni siquiera eso, pero noto como mis pies flotan y el aire se llena de oxígeno y una euforia densa me cubre el pecho.

Vuelo y, cuando vuelo, el corazón se me acelera y el pulso escribe notas en mi cabeza para que cante sin abrir la boca y baile sin moverme apenas...

Cuando camino un rato, puedo volar. La soledad me invade y todo a mi alrededor se vuelve lento y mientras yo doy un paso el mundo está quieto y puedo metérmelo en el bolsillo.

Vuelo si sueño despierta y el deseo de tocar ese sueño es tan intenso que las lágrimas de ilusión por imaginarlo inundan mi rostro cansado pero acelerado de tanto inventar...

Vuelo si pongo paz y si cierro heridas. Vuelo si alguien a mi lado puede volar o es capaz de creer que yo pueda.

Vuelo cuando la bestia me mira y sé que me quiere, a pesar de ser tan feroz que todo el mundo crea que va a devorarme las manos con las que la acaricio.

Vuelo si puedo imaginar que vuelo.

Vuelo si me quiero tanto que me perdono las erratas y dejo de culparme por no haber existido en una perfección imposible.

Puedo volar si puedo sentir. Si consigo mirar al abismo y pensar que voy a esquivarlo a golpe de conciencia. Si me noto tan elástica que doy la vuelta y me adapto al marco de la foto que me hago cada día.

Si me respeto a mi misma tanto que soy capaz de no reprocharme, ni medirme, ni recortarme. Si soy capaz de mirarme con ojos bondadosos.

Si me quiero y encuentro hermosa, vuelo... Si a pesar de estar muy cansada, pretendo insistir... Vuelo.

Si camino por un pasillo lleno de caras agrias y no me importa... Vuelo.

Vuelo cuando me lo juego todo, tanto si me equivoco como si acierto, porque lo que cuenta es la intención y el gesto...

Vuelo si estás a mi lado y me abrazas.

Vuelo cuando tengo tanto miedo que levanto la cabeza y sigo adelante para no darme cuenta de que lo tengo y no quedarme paralizada. Cuando admito que tengo miedo y soy capaz de decirlo en voz alta.

Vuelo cuando no oculto mi esencia y me atrevo a mostrarla. Cuando mi imprudencia supera mis complejos, cuando me arriesgo a perder y pierdo y me miro a la cara.

Vuelo cuando no me avergüenza admitir que vuelo y hablo cuando muchos desearían que me quedara callada.

Vuelo, pero vuelo poco y vuelo corto aún, porque a menudo me preocupa demasiado no perder el control y me ocupo demasiado en demostrar al mundo que valgo la pena... Y esa lucha por defenderme de un mundo, que en el fondo no me ataca como yo creo, me quita energía y me resta magia.

Vuelo bajo porque mientras vuelo no siempre me suelto ni confío en mi misma como merezco... Porque la cabeza se me llena de pensamientos funestos y se adueñan de mi ánimo.

A veces, vuelo. Es sólo un instante, y a menos de un milímetro del suelo, pero es tan grande esa sensación que casi me noto las alas.

zumaque

El más terrible de los monstruos

Muchas veces, la persona que puede llegar a ser más cruel contigo eres tú mismo. Puedes ser el más duro de tus enemigos. El más despiadado de los villanos que te encuentres... Quién más veces te dice que no y te cierra la puerta, quién más te encasilla y te sella los labios, quién te deja en un rincón sin atreverte a pedir ni a reivindicar... Quién más veces te dice que no puedes, que no sirves, que no debes...

¡Hay tantas cosas que sabes de ti y no te dices a la cara nunca!. Tantas que intuyes y no abordas. Tantas cosas que tienes ocultas y guardadas dentro, haciendo rincón y suplicando salir para sellar heridas. Y no las dejas, las encierras, las obligas a penar y supurar, te evitas así mirarlás a la cara pero, sin querer, te corroen por dentro...

A veces, te dicen que no y te lo crees, lo aceptas sin apenas oponer resistencia. Y a partir de la idea que tienen otros de lo que tú debes o no hacer o de lo que tú eres, fabricas un mundo. Parece absurdo, cuando lo escribes y le pones palabras, se hace difícil entender cómo somos capaces de dejar que los demás nos dicten bajo qué normas debemos vivir... Aunque lo hacemos constantemente. A veces, aún es más irónico porque ni siquiera nos lo dicen, sencillamente lo imaginamos y antes de que abran la boca o incluso sin tener intención de decirnos nada, ya actúan sobre nosotros... Y ni siquiera lo saben. A veces, actuamos de una forma concreta para satisfacer a personas que no saben que lo hacemos y que, si tal vez, les preguntáramos, nos dirían todo lo contrario.

Más absurdo y triste todavía... Vivimos pendientes de qué pensarán de nosotros algunas personas que ni siquiera piensan en nosotros... Por lo tanto, aspiramos a ser bien vistos por personas a las que les somos indiferentes. Y en realidad, quién mueve los hilos somos nosotros... Eres tú quién pone palabras en sus labios y decide imaginar qué piensan.

Tú puedes llegar a ser el más severo de los jueces con los que te cruces. El más insobornable de los carceleros que te atan a los miedos más antiguos que acumulas. El que más se reprocha no ser, no llegar, no conseguir... El que se castiga por imaginar y no tocar, por soñar y no tener... El que cuando se mira sólo ve lo que le falta y nunca lo que tiene... Tus ojos son los más crueles contigo, los que más desdibujan tu belleza y más aumentan los que decides son tus defectos...

Tú eres quién puede arañarse con el pensamiento y herirse con él, con la dejadez de tus ansias, postergando las soluciones y condenándose a situaciones que no suporta con alguna excusa. Tú eres quién se somete y calla, quién ridículamente soporta y otorga, quién se baja el listón y se adjudica menos de lo que le corresponde. Te tratas con usura y falta de respeto. Abusas de tus aprensiones y te rindes a tus celos.

Eres tú quién se cierra la puerta a los deseos y se deja sin pedazo de tarta cuando debería estar celebrando la vida. Te oprimes las ideas, te comprimes las emociones, te retienes las lágrimas... Te dejas secar los sentimientos porque, a veces crees, que no los mereces, te niegas amor porque ridículamente imaginas que no eres digno... Amas sin notar porque no bajas la guardia ni te quitas la coraza que te protege de querer tanto que no puedas resistirlo... A veces, eres el más eficaz verdugo de tus sueños, la criatura más despiadada con la que negociar tu futuro.

Tomas pastillas para no sentirte desgraciado que no te dejan sentir feliz porque te duermen el alma y obligan a tu mente a divagar por los relieves de las cosas que la rodean...

Pierdes el tiempo porque temes que tu tiempo se acabe y la sensación de apurarlo te asusta. No estrechas lazos por si se rompen... No pides deseos por si no se cumplen... Casi no vives por si la vida te engancha y luego descubres que no siempre puedes estar en la cima...

Quieres ser espectador de tu vida y luego pides honores de protagonista.

Tú eres quién reparte los momentos de felicidad y dosifica las alegrías. Quién pone más trabas a tus intentos de cambio y boicotea tus momentos de lucidez y riesgo. Tú eres el principal obstáculo entre tú mismo y tu sueño, entre tus ganas y tus intentos... El que pone las piedras en el camino y se estorba todo lo que puede para encontrar excusas, para seguir sin hacer nada y para que esa nada tenga sentido.

Tú te privas de sensaciones deliciosas y de bailes dulces, te evitas los zarandeos y te escondes cuando reparten magia... Pasas la vida bajo la mesa cuando se reparte el festín y luego lloras desconsoladamente y culpas al mundo por no tener tu parte...

Pasas de largo cuando hay risa. Buscas la sombra cuando el sol brilla y escondes tus ojos de otros ojos por si la mirada te dice algo que no te gusta saber...

Niegas tu belleza, porque no la puedes ver y la comparas con la de otros...

Niegas tu inteligencia, porque no le das importancia...

Niegas tu valor porque lo ignoras y no lo buscas, te niegas a ti mismo porque no te conoces.

Te llamas feo, te llamas inútil, te maldices, te recortas... Te metes en una concha, te encierras y tiras la llave...

Ya nunca volverás a estar solo

Una de las grandes asignaturas de la vida es conocerse a uno mismo y aceptarse. La más complicada, tal vez. La que más tememos y postergamos. Admitir y responsabilizarse de comportamientos que no toleraríamos en otras personas y que en nosotros somos incapaces de ver. Tener la valentía de reconocer errores y no poner excusas sino buscar soluciones... Los valientes luchan sólo consigo mismos, sin más armas que la madurez y el deseo de crecer, y ¡ganan! Se dan cuenta de que a su lado puede haber muchas personas, pero que esto es algo que deben afrontar en solitario.

Mirarse al espejo y decirse a uno mismo en voz alta “estás solo” es durísimo. La ventaja que tiene es que una vez has sido capaz de hacerlo y has tenido el valor necesario como para aguantarte la mirada, todo cambia. Ya no estás solo. Ya sabes que puedes contar contigo. Que te importas lo suficiente como para ser capaz de hacer un ejercicio de tal envergadura y querer seguir adelante. Es el efecto terapéutico de las palabras... No se me ocurre nada más difícil y, al mismo tiempo necesario, que ser honesto con uno mismo. Reconocer las actitudes bárbaras y los desatinos y hacerlo con ojos realistas pero a la vez constructivos, sin culpas, sin reproches, sin condenas ni cargas que arrastrar. De forma efectiva y práctica.

Conocerse a uno mismo te da alas. Todo lo que te libera de peso extra te las da. Te ayuda a relativizar las estupideces del día a día e ir a lo suculento de la vida. Lo que precisa de esfuerzo doble, de arrodillarse y empezar a construir apoyos y nuevas relaciones, tejer

complicidades nuevas, cambiar de maneras y actitudes... Saber qué hacer cuando en plena madrugada, la desesperación te cabalga en el pecho y te invade la cabeza de pensamientos que sólo conducen a un trote más rápido. Conocerse y saber a qué sujetarse hasta que no haga falta nada a lo que sujetarse que no esté ya en ti mismo. Listar tus retos y poner en fila tus logros, reparar daños para ponerse en forma y tomarse un tiempo para lamer heridas y cicatrizar... Recordar que puedes aunque no lo parezca ahora. Volver al espejo y decir en voz alta “no estoy solo, me siento solo... ¿cómo lo soluciono?” ponerse en marcha, trazar un plan que nos haga saber que sabemos cómo salir a flote... Amigos, familia y sueños dejados a medias por interrupciones permitidas y perezas consentidas... Pensar que mañana todo cambia, aunque llegue mañana y no cambie nada. Aprender a esperar cuando no se tiene lo que se desea. Buscar entre los resquicios de las puertas cerradas pequeñas grietas por donde escapar de uno mismo y descubrir que aunque escapes, todo seguirá igual porque antes de salir debes curar por dentro. Debes poder mirar al espejo y decir en voz alta “me tengo a mi mismo” y a partir de ahí construirlo todo de nuevo. Ser tu más fiel aliado en esta batalla. Ilusionarte con los detalles más mínimos. Recrearse en las formas y los olores, recuperar el paladar y encontrarse mirando un haz de luz que entra por la ventana como si fuera un prodigio. Y saber que estás en el camino de volver a ser tú pero sin arrastrar tus lágrimas.

Atreverse a no ver los problemas como algo que está fuera de nosotros sino que tiene las raíces dentro, que generamos muchas veces nosotros. Algo que se gesta entre nuestras paredes cada vez que hacemos algo que nos vacía, nos contradice, algo que va en contra de nuestra forma de ver la vida y topa con nuestros valores... O sencillamente algo que no queremos hacer. Saber que todo pasa y cambia si lo miras de frente y te escuchas. Si cuando llega el caballo que galopa en tu pecho, le percibes y te das cuenta de qué viene a de-

cirte y por qué. Si eres consciente de tus emociones y le encuentras razones a esa ansiedad que te pone su enorme mano en el corazón .

A veces todo pasa y cambia sólo con ser capaz de decirlo en voz alta, de pronunciar las palabras y admitir. Saber que una vez dichas, el escenario es otro y nosotros también. Somos otros pero somos nosotros mismos. Más libres. Más capaces. Más de vuelta de todo y con el equipaje más vacío de estupideces y penas... Sin desvelos no hay lecciones, sin conflicto no hay moraleja...

Cuando le pones un nombre a tu dolor, se disipa. Cuando encuentras las palabras para definir lo que sientes, sabes quién eres... Si somos capaces de llamar a nuestras penas por su nombre, las alejamos de nosotros... Llevamos las riendas y sólo las usamos para reconocerlas y comprenderlas, aceptarlas como una parte de nuestra vida y empezar a cambiar... Borrarras y expulsarlas.

Mirarse al espejo y saber que no estás solo, que no lo vas a estar ya nunca más, porque te quieres, porque te importas, porque valoras lo que has conseguido y lo que sueñas, porque eres una buena compañía para ti mismo. Porque tienes una ruta a seguir y una meta y un camino hasta llegar repleto de sorpresas, algunas buenas y otras no tanto, pero todas necesarias para ir creciendo por dentro y tomando conciencia de cómo eres... Para superar tus límites, para salirte del mapa que trazaste cuando no sabías quién eras y te quedabas corto en expectativas. Para salir de esa habitación con los deberes hechos y unas ganas locas de continuar... Sin quejas ni lamentos, con palabras que crean realidades nuevas.

Mirarte al espejo y saber que no estás solo porque sabes quién eres... La soledad sólo anida en aquellos que no se conocen. Tú ya nunca volverás a estar solo.

El valor de las pequeñas cosas

Cada día todos llevamos a cabo pequeños actos que cambian el mundo. A menudo, son del todo imperceptibles... No son cuantificables, no se pesan, ni se miden. Nunca sabemos hasta dónde llegan, si son como una ola que golpea una roca y la redondea poco a poco con insistencia o si son como un pequeño gesto no planificado que llega a zarandear una vida. Sin imaginarlo, apenas activamos mecanismos invisibles que ponen en marcha una especie de dominó en el que cada pieza cae y activa a su vez a otra. Cada una de esas piezas tiene un sentido en sí misma y un cometido en general. Quién sabe qué alcance tienen nuestros desvelos, nuestras palabras, nuestros pasos... Un día llegas a casa cansado, pones las noticias y descubres que alguien ha salvado una vida o ha hecho un descubrimiento que parecía imposible y tal vez tú has contribuido a ello, sin saberlo. Quizás desde el otro lado del océano, fuiste una pieza necesaria de ese engranaje de millones de piezas que se explican por sí mismas pero que también se necesitan unas a otras...

Ninguno de nuestros gestos es en vano, todo pequeño acto tiene sus consecuencias. A veces, un “por favor” ayuda a que cambiemos de opinión y un “gracias” evita que alguien cometa una locura que podría haber sido irremediable.

El mundo se cambia de muchas formas. Desde una cima y desde una calle oscura. Corriendo hasta llegar a la meta o luchando desde una silla de ruedas. Desde un escenario o desde un rincón oculto.

Con un pincel o con un ordenador. Con un violín o con una caja de cartón. Cuando se pone un ladrillo se cambia el mundo y cuando se apunta una nota en un pentagrama, también. Se cambia accionando una palanca o jugando al escondite. Cada pequeño movimiento genera mil acciones que se ramifican y ponen en marcha millones de situaciones paralelas imprevisibles... Hay quién cambia el mundo cosiendo un botón y quien lo hace con una entrevista exclusiva. Desde un hospital o desde un mercado. Pintando una obra maestra o una casa de tejado rojo con prado verde y un sol amarillo que colgar en un mural de guardería. El mundo lo cambian los poetas y los que hacen balances. Los que podan árboles y los que defienden leyes. Los que juntan palabras y los que venden pescado. Los que van en bicicleta o los que se ven obligados a ir en un tanque. El mundo lo mueven los tristes y los que sonrían. Los que se maravillan con todo lo que ven y los que hagan lo que hagan siempre están muertos porque no sienten. Cada acto engendra oportunidades, algunas parecen positivas y otras negativas... Lo bueno y lo malo se mezclan y llegan a no poder delimitarse. Lo que parece que es para mal, a veces, acaba bien. Lo que imaginamos bueno, a veces, está vacío. Ninguno de nosotros tiene la exclusiva para cambiar el mundo y mejorarlo. Nadie sabe si sus palabras, sus obras, sus pasos, sus miradas, han surtido más efecto que las de los demás. Nunca sabemos qué parte de esa cadena somos y el empuje que podemos llegar a generar cuando nos decidimos a poner en marcha esa magia.

Conseguir cambiar el mundo no es sólo para influyentes. No lo consiguen sólo los que tienen muchos seguidores en las redes sociales, ni los que cobran mucho por dirigir. No es de sabios, ni de ricos, ni de altos, ni de bajos... No es de genios, ni de ancianos. No es de valientes ni de cobardes... No es tampoco de aquellos que tienen el don de la palabra, ni de los que casi nunca hablan.

Cambiamos el mundo queriendo y sin querer. Con entusiasmo desmedido y casi sin ganas. Desde la necesidad y desde la ignorancia. A veces, con un gruñido y otras con una caricia... Todo lo que hacemos engendra un futuro que muta gracias o a pesar de nosotros. En un momento determinado todo cambia y da la vuelta. Una palabra modifica el curso de un pequeño universo. Un vistazo a telescopio permite descubrir una estrella... Un mirada esperanzada en un microscopio descubre cómo funciona y se replica un virus.

Es tan fácil que ocurra... La mirada cómplice y cargada de empatía de alguien hace un rato, cuando yo estaba rota y buscaba respuestas, me lleva a escribir estas palabras. Y este mensaje, tal vez torpe y absurdo para algunos, lo recoge el amigo de alguien que necesita un poco de ánimo porque lleva meses en un laboratorio buscando una respuesta y está cansado y a punto de rendirse. Ese empuje le sirve a ver algo que no veía y lo que descubre cambia la vida de un niño que duerme esperando un remedio y de una madre que llora sentada en un rincón para que nadie vea sus lágrimas desesperadas...

Nunca para. Se van iniciando y poniendo en marcha cadenas de este tipo a cada segundo. Cada día se levantan pequeños imperios y se desmoronan fortalezas hasta ayer inasequibles... La pasión engendra pasión. El amor crea amor... El dolor, a veces, se transforma en superación y otras en la belleza de una escultura o un poema. Una belleza que inunda de emoción a otros que a su vez cuentan historias en los libros o construyen edificios altos donde viven las personas... La risa llama a la risa... El viento agita las hojas y, en algún lugar, alguien nos llama aunque no le oímos y alguien responde, todo empieza de nuevo.

Somos como millones de cantos de río redondeados por la acción obstinada del agua y el paso del tiempo... Somos el agua modificada por esos cantos de río. Somos nubes extenuadas de lluvia. Somos lluvia impregnada de todo lo que toca cuando cae... A veces, parece

que no pasa nada, pero todo sigue su curso. Por eso, hay que insistir y no rendirse, porque todo está siempre dando vueltas y nuestras circunstancias son mutantes.

Fluyamos. Bailemos. Soltemos todo el lastre que nos hace vacilar las rodillas y nos atenaza la espalda. Dejémonos llevar por el vaivén de este vals eterno que nos balancea. Aflojemos las cuerdas imaginarias que nos atan a los recuerdos que nos queman, desatemos las miradas y dejemos que se filtren y sean incómodas... Desenredemos los miedos de nuestras piernas cansadas que no se atreven a caminar por si tropiezan... Saquemos a pasear nuestros defectos a la luz del sol para que se encojan... Encontremos el valor de las pequeñas cosas.

Cada minúsculo movimiento crea movimiento. Nunca sabes dónde empieza ni dónde acaba. Cada acto casi imperceptible tiene consecuencias imprevisibles y, a veces, extraordinarias. Somos imparables, incluso cuando no lo sabemos. Incluso cuando no nos queremos lo suficiente, somos maravillosos. Somos necesarios, a pesar de no tenernos demasiado en cuenta y no acordarnos de nuestros deseos...

No sabemos hasta qué punto podemos llegar a cambiar el mundo...

zumaque